



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

El pordiosero del lugar.—El invierno de la vida; poesía.
—La flor de las ruinas.—Florescencia; poesía.—Modas.—Explicación del pliego de dibujos.

EL PORDIOSERO DEL LUGAR.

(Continuacion.)

Pero como Dios es más sábio que el hombre, y le dió una sola boca, temiendo que quizá muchas veces le sobrase tambien si no tenia con qué tapparla, despues de mirar y remirar astutamente, se decidió á hacer una maniobra antes de empezar por no verse luego comprometido.

Es decir, que se quitó la corbata, desabrochó el cuello de la camisa, el chaleco y el cinturón de los pantalones. Luego dió de sí á los tirantes, despegó la ropa del estómago, y viendo que el casaco le embarazaba y no habia delante señoras á quienes guardar considera-

ciones, lo sacó con presteza, arrojándolo con desprecio en una silla, como si tuviese mucho sueño y fuera á acostarse.

Despues levantó los puños, y enroscándolos entre las mangas, los sujetó perfectamente, como el que se dispone á amasar toda una tabla de harina.

Y como dijéramos de D. Quijote, lanza en ristre arremetió con el tenedor á una lonja de jamón en vino, que, como tonto, elijió entre los manjares; pero... pataplum... el plato desapareció, y el tenedor con él, y fué á parar sin duda á los antípodas, pues por allí no asomó más la cabeza.

¡Oh! ¡Habrás visto cosa igual! ¡Qué sorpresa, qué desconsuelo, qué aflicción, qué agonía se pintó en el semblante del hambriento! Pero á la idea de que entre tantas cosas buenas, una menos no hacía al caso, tiró otra ojeada que, aunque rápida, no por eso dejó de fijarse en un plato de lomo, que echaba un olor á adobillo capaz de hacer comer á un enamorado.

Con esa fijeza que tienen los glotones, se fué á la más gorda tajada, no ya con trinchante, sino armado de un dedo pulgar ó índice, que, como dos tenazas, deseaban aprisionar aquellas riquísimas vetas que trasminaban.

¡Que si quieres! Aconteció la misma escena muchas veces, quedándose el infeliz hambriento con las narices más largas que la codicia, y los dientes como fichas de dominó.

Y lo más raro era, que cada vez que le retiraban un manjar, sonaba una voz profunda que decía: «Deja eso, que *es para el príncipe mi señor.*»

Pero... dejemos este cuento, que yo nunca acabé de oír, pues me dormía sobre poco más ó menos en este pasaje de *santa desigualdad*... que mas tarde conocí por desgracia en muchas cosas.

Lo cierto es que D. Damian Puño-en-rostro, que así se hacía llamar, era el príncipe regalado de aquellos contornos; y no criaba una pobre mujer una gallina, un chotillo ó un conejo, que no fuese á venderle á la puerta de aquella casa.

Como á los pobres no les gusta la carne, según la creencia de algunos ricos, y solo les saben bien las sopas y el potaje con que se regalan cada día, no tenía inconveniente don Damian en comprarlo por la mitad de su valor, haciéndose cargo que *no se hizo la miel*...

En fin, él había nacido en buenos trapitos, que es lo principal, y además tuvo su padre buen cuidado de dejarlo rico y enseñarle las matemáticas, con lo cual se sabe bastante para hacerse en poco tiempo de las fincas del vecino, á quien fraternalmente se presta por el solo gusto de que á los pocos años no tenga que molestarse en labrar sus tierras.

Pocos trabajos de esta especie había dejado que hacer á los demás el industrioso señor.

Medio pueblo era ya suyo, y el otro lo tenía bajo fianza ó hipotecas, que es lo mismo.

¿Quién le tosía alto á D. Damian?

Mas no por eso dejaba de llevar sus malos ratos.

¡Canario con los pobres, que dan más que hacer que un tabardillo!

A lo mejor tenía que oír cuitas que no le interesaban, y se veía precisado á esconderse en

su despacho y taparse los oídos para que no llegasen allí las quejas y lamentaciones.

Era tan sensible, que no podía oír una lástima por temor de tener que socorrerla, si el demandante le oprimía y le agobiaba con quejas y suspiros desesperados.

Se conocía la voluntad con que daba la limosna en el tiempo que dejaba le rogasen para darla, y en el esfuerzo y trabajo con que la sacaba del bolsillo.

Y no es que él la retardase, sino que la calderilla suya tenía costumbre de enredarse entre la plata y el oro, y costaba mucho trabajo separarlos, por lo que decidió echarse todos los días en el bolsillo derecho del pantalón cuatro ó seis ochavos, á fin de tenerlos á la mano en caso preciso ó en una necesidad grave que se le presentase.

Con esto ya se quedaba su conciencia tranquila, y se acostaba á dormir en sus colchones de plumas, satisfecho de su largueza y de sus legales sentimientos.

Tenia caudal, es verdad; pero partiéndolo así con los pobres, copiaba la escena sagrada de la *copa de José*, y podía vivir con holgura sin temor á las cuentecillas que nos ajustan en la muerte.

Y luego, como él no tenía herederos, pues jamás quiso casarse por no hallar una mujer tan virtuosa que no comiera ni bebiera, y estuviese gorda y colorada, tenía dinero hartó que dejar para responsos y sufragios.

¿Y quién tiene miedo, pudiendo comprar su salvación antes de morir?

Ya se sabe que á fuerza de indulgencias se sacan las almas del Purgatorio, y él pensaba que el señor cura aplicase por su alma todos los jubileos del año con esta idea; de manera que lo más que podía estar en aquel lugar expiatorio, eran doce meses.

Cuando uno no es un cualquiera, decía, en todas partes le va bien, y ese tiempo se pasa pronto, si es que antes no se compadece Dios de mí, y me envía un indulto que abrevie el plazo.

Aunque las cosas del mundo no son como las divinas, siempre hay esperanza; que hombres he conocido yo que sacaron condena para toda

la vida, y antes de cuarenta meses estuvieron en sus casas; porque las cosas vinieron así.

II.

El temporal continuaba, y con él el hambre y la tristeza de los pobres.

No había cara alegre por aquellos contornos.

Sobre todo las madres estaban que se las podía ahogar con un cabello; pues veían que sus hijos, ni aun gana tenían ya de hacer bolas con la nieve.

Antes les reñían por ello, y ahora hubieran deseado verlos jugar en el arroyo como en días anteriores; pero el hambre abate hasta las piedras y hace que los hombres adquieran una vejez prematura, y los niños pierdan las galas de la infancia.

¡Canario con el hambre! Ni aun había servido sacar el patrono del lugar en andas como otras veces; pues era santo tan milagroso, que no había cuita por grande que fuese, que no la aliviase pronto, si le rogaban con fé.

Los infelices seguían rezando y pidiendo á Dios, que es más sábio, religioso y prudente, que desesperarse.

Dios todo lo vé y lo oye, y en su día recompensa ó castiga, según los méritos.

Una noche se reunieron varias madres, y como ellas en diciendo que tienen hambre los hijos, son capaces de sacar dinero del fondo de un pozo, trataron lo que trataron, y hélas aquí que á la mañana siguiente, pillaron cada una sus nueve ó diez chiquillos (pués los pobres los tienen á cargas, mientras los ricos no encuentran uno para un remedio) y se zamparon todas casa de D. Damian, que al verlas entrar por las puertas, se quedó estático y sorprendido y hubiera deseado meterse debajo de las minas del Tiról lo menos.

Una de ellas, la más decidora y despierta del lugar, con los ojos hinchados como puños, y unos lagrimones mayores que los de los cirios en Semana Santa, se adelantó con paso firme llevando un chiquitin al pecho, y otro de la mano, que llorando á coro formaban una sinfonía deliciosa, y mostrándolos al asombrado D. Damian, le dijo con acento doloroso y profundo:

—¡Señor! Estos niños lloran porque tienen hambre.

D. Damian arqueó las cejas.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

EL INVIERNO DE LA VIDA.

A mi querida amiga doña Celestina Igual de Leonart.

Cuando te ví era ayer... ¡La primavera Vestía de esmeraldas

Y olorosas guirnaldas

El escarpado monte y la pradera,

Y amor con eco blando

Iban aves y fuentes murmurando!

¡Hoy... segada la miés, en campos de oro

Trocáronse los prados;

Los frutos regalados

Penden del árbol, y el alegre coro

Que amor cantaba un día,

Tan solo atiende á su naciente cria!

Mañana... ¡oh dulce amiga, ¡ese mañana!

Que tan bello se muestra,

Al que entra en la palestra

Coronada la sien de flor temprana,

Parece hórrido y frío

Al pisar los linderos del estío!

¡Mañana, ni una flor habrá en los prados;

Ni una yerba aromosa,

Se ostentará orgullosa

En los montes de hielo coronados,

Do insectos y avecillas

No cantarán de Dios las maravillas!

Nieve do quier... ¡Do quier escarcha y nieve

Pálido sol persiste,

En reavivar al triste

Arbol, que el cierzo sin cesar conmueve.

Mas ¡ay! que hoja por hoja

De su espléndido manto le despoja!

Silencio y soledad... ¡Pájaro errante

Cruza con vuelo incierto

Por el confín desierto,

Ó á lo lejos anciano vacilante

Se vé, que lento hacina

Las secas ramas que al hogar destina!

¡Hé aquí el invierno lúgubre y sombrío!

¡Hé aquí el triste mañana,

Que primavera ufana

Arrastra en pos de sí!... ¿Y cuál, Dios mío,
Cuál será pues el nuestro,
Limitado por tûmulo siniestro?

¿Mas cómo, hermana? Su semilla esconde
Bajo la nieve el trigo,
El árbol busca abrigo
A su raíz, y el insectillo donde
Su crisálida hermosa
Ocultar á la muerte desastrosa;

¿Y solo el hombre... él solo... en podredumbre
Dejará su alma, aleve?

¿Oh quién, oh, quién se atreve
A derribarle así de la alta cumbre,
Do al precio de sí mismo
Le puso amante el Dios del cristianismo?

Nolocrees... ¿Verdad?... No, no. ¿Quien siente
Esta ardorosa llama
Que el corazon le inflama,
Que al cielo eleva la intranquila mente,
Sabe que huesa inmunda
Es quien su gérmen celestial fecunda!

¡Sí, sí!... lo sé... lo siento... ¡Me lo dice
Este afanar tan loco
Que el mundo tiene en poco,
Este gemir del ánima infelice;
Este amor, cuyo centro
Busco por todo el orbe y no lo encuentro!

Mas al volver la mística paloma
Al arca sacrosanta,
Con su pico levanta
Ramo de oliva que entre el musgo asoma.
¿Y el alma por tributo
No llevará á su Dios preciado fruto?

¡Tú, más feliz que yo! ¡tú, dulce hermana,
Al regreso dichoso
Dirás al Juez piadoso:

«Hubo en la tierra un hombre á quien ufana

»Consagré mi fé pura,

»Amándole con férvida ternura!

»Le hice feliz, Señor... ¡Velé su sueño,

»Mitigué sus dolores:

»Con bálsamo de amores

»Conjuré de la suerte el torvo ceño;

»Mira mi copa hermosa

»Cuál hasta el borde con su bien rebosa!»

Y sonarán mil cantos de alegría

En la mansion serena,

Que esto Dios nos ordena:

¡Amar sin tregua, amar, hermana mía,

Cual los querubés aman

Que en el foco eternal de amor se inflaman!...

¡Dichosa tú!... ¡dichosa!... ¡Mas mi pecho,

Hermana, tú lo sabes,

Que de él tienes las llaves,

Jamás á tierna compasión fué estrecho,

Y al lloroso, al doliente,

A Dios y á la creación amó serviente!...

¿Qué importa, pues, que airado el cierzo ruja?

Venga el invierno umbrío,

Con su hórrido atavío

Que negra sombra en el confin dibuja;

Venga ufano en buenhora,

Y su segur levante destructora!

Que si él de plata mi cabello engasta,

Para vencer su hielo,

Fuego me ha dado el cielo,

Y con el fuego de mi amor me basta;

¡Que en quien su luz destella,

La caduca vejez parece bella!

Flores de amor buscando, peregrinas,

Crucemos el desierto.....

La muerte es dulce puerto,

Porque tras de esas nubes argentinas,

Si nuestra vida trunca,

Hay primaveras que no acaban nunca!

ANGELA GRASSÍ.

Real Sitio de San Ildefonso 2 de setiembre de 1863.

LA FLOR DE LAS RUINAS,

RELACION DE UN SUCEDIDO,

POR FERNAN CABALLERO.

CAPITULO II.

Tenía Pedro, que así se llamaba el recién llegado, una naturaleza esencial y profundamente poética. No porque tuviese una imaginación vasta y creadora, sino porque tenía un manantial perenne de poesía en su corazón. Por lo cual, si bien no espresaba un pensamiento bello engarzado en buenos versos, lo impregnaba todo de ese maná poético bajado del cielo sobre esta árida vida, sin que por eso prestase una disposición ó viso *romancesco* á las cosas; pues para él era lo poético lo sencillo y lo cotidiano, pero no lo estravagante. Su ideal era restricto, y alumbraba con su divina luz

interna cada objeto, aunque pequeño, siempre que fuese por naturaleza bueno, inocente y sincero. Apartábase instintivamente de los volcanes y sus ardientes lavas las pasiones; de los fuegos fátuos, de las falsas brillantes ideas, del ruido y de la pompa de la retumbante palabrería, teniendo, cual los Reyes de Oriente, una estrella en el cielo, á la que con fe ciega seguía.

De esto resultaba que era Pedro un joven modesto y reconcentrado; porque solo en su madre hallaba aquella paridad de ideas y de sentimientos, que inspiran y engendran una entera confianza. Divorciado por inclinacion y por deber, de todos los vicios, no habia intimado con los jóvenes de su edad, que los suelen ostentar, no sabemos si como prerogativas, si como despreocupaciones, si como gracias, ó como trofeos de rebeldía.

Así sucedía que solia pasear solo, sin dejar por eso de gozar entre aquellos mirtos y laureles, que hacen del de Lisboa uno de los más bellos paseos de Europa.

Muchas veces habia notado Pedro con estrañeza á una joven de condicion humilde, pero de hermosura notable, que se sentaba solitaria en uno de los bancos del paseo, y que puesta la mano en la mejilla, no levantaba sus ojos del suelo sino para fijarlos en él. Habia en aquellas miradas una mezcla de tristeza, de inocencia ó ignorancia de los usos establecidos, unida á un interés tan sentido, sin ser provocado por el que lo inspiraba, que no pudo menos de sorprenderle. Empero en el sentir delicado de Pedro, lo chocante de la provocacion superó todo el atractivo que la hermosura y todo el interés que la tristeza debian naturalmente inspirarle. Cada tarde hallaba Pedro á la muchacha en el mismo sitio; cada tarde veía á algunos jóvenes calaveras, á quienes aquella linda aparicion atraía, rudamente rechazados, y cada tarde era más marcado el dolor que se iba grabando profundamente en aquel rostro joven y hermoso.

Dice Kératry que Dios ha dado la compasion por abogada á la desgracia. Así sucedió que algunos días despues, al llegar la entrada de la noche, y al notar que la muchacha se levantaba para retirarse, y que por despedida fijaba en él sus grandes ojos, de los que corrían

abundantes lágrimas, Pedro, á pesar de la timidez de su carácter y de la rigidez de su conducta, fué arrastrado á seguirla, más por la compasion que las lágrimas inspiran, que no por la seduccion que la belleza ejerce.

Despues que en su seguimiento se hubo internado por algunas calles solitarias, Pedro se acercó á ella y le preguntó con timidez, si la aquejaba algun pesar, y si era de naturaleza que pudiese él remediarlo ó aliviarlo.

—¡Soy muy desgraciada! — contestó ella prorumpiendo en un amargo llanto.

—¿Cuál es vuestra desgracia?

—No puedo decirla.

—Así no hallareis consuelo. ¿Por qué venís todas las tardes al paseo?

—Antes venía porque me obligaban; ahora vengo por mi propia voluntad.

—¿Quién era, y cuál el motivo que os obligaba, á vos, tan linda y tan niña, á venir sola á un paseo público?

—No puedo decirlo.

—¿Y por qué venís ahora de motu propio?

La muchacha calló. Pedro repitió su pregunta.

—¿Qué os importa?—respondió ella con una mezcla de despecho, de afliccion y de brusquería, que aunque unidos, se hacian cada cual palpables en sus palabras duras, en su acento amargo, y en sus dolorosas lágrimas.

—Me importa, puesto que lo pregunto,—dijo Pedro.

—¿Y por qué os importa?

—Porque me interesais.

—¿De veras?—esclamó ella.

—Muy de veras—respondió Pedro.—Decidme, pues, el motivo de vuestra afliccion.

—¡No puede ser! Si os intereso, demostrádmelo de otra suerte que no con preguntas.

Pedro sacó del bolsillo una moneda de oro, que presentó á su interlocutora.

—¡Eso no!—esclamó esta con vehemencia:—no me lo demostréis ni con preguntas, ni con monedas. Las unas demuestran curiosidad; las otras caridad; pero ninguna demuestra...

Se detuvo y añadió con tristeza: ¡interés!

—Dejad que os acompañe á vuestra casa,—dijo Pedro, cada vez más empeñado, y cada vez más interesado por aquella extraña mujer.

Esta no pudo disimular un estremecimiento, y exclamó:

—¡No, no! ni pensarlo; ¡eso no puede ser!

—¿Sois casada?—preguntó Pedro.

—Ni soy casada, ni me casaré nunca; ¡nunca!

—Entonces, ¿en qué puedo servirlos?—tornó á preguntar Pedro, absorto de encontrar tantas anomalías, tan estrañas reticencias en aquella criatura singular.

—¿Servirme? En nada podeis servirme,—repuso ella.

—¿Pues en qué puedo al menos complacerlos y mostraros mi interés?

—Con dejarme que os mire, que os hable y que os ame, sin rechazarme como hasta aquí habeis hecho.

El morigerado carácter de Pedro, la delicadeza de sus ideas y sentimientos en cuanto á la reserva y modestia de la mujer, tan instintivas en ella que no necesita la educacion ingerírselas, llevaron un rudo choque al oír aquellas palabras.

Viendo que callaba, la jóven volvió á prorrumpir en un amargo llanto, exclamando:—Madre, madre! ¡por qué me pariste! ¡Qué crueles son los hombres todos!

—Pero... ¿Y si yo os amase á mi vez, como de cierto sucedería?—preguntó Pedro.

—¿Y qué mal habria en eso?—repuso ella.

—Es,—dijo Pedro,—que yo no puedo ni debo amar sin saber á quien amo: á un ente misterioso que se oculta de mí; á una mujer que, cual una nube, aparece sin saber de donde viene, y cual aquella, puede desaparecer sin que se sepa dónde irá.

—Yo creía,—repuso ella,—que el amor no hacia más pregunta, ni necesitaba saber más, sino si era correspondido; pero ya veo que hasta para amarse se pide pasaporte. ¡Adios! Olvidad á una infeliz, que creyó por un momento hallar un corazon que le diese tan solo un poco de amor, en cambio de todo el suyo.

Diciendo esto se alejó. Pedro corrió tras ella. Entonces la muchacha se paró, y le dijo cruzando sus manos:

—¡Por Dios! ¡por Dios! ¡no me sigais! ¡Os juro que mañana me hallareis en la alameda!—Y rápida como esas exhalaciones que se ven sin

dar tiempo á fijarlas, desapareció cual ellas en la oscuridad.

CAPITULO III.

Al día siguiente Pedro, sin premeditada intencion, y aun sin notarlo, salió más temprano que otras tardes para ir á su acostumbrado paseo. Mas á pesar de eso, cuando llegó, ya estaba aquella estraña muchacha en su misma actitud triste, en su acostumbrado asiento.

Al poco rato se levantó y salió del paseo. Pedro la siguió á distancia, hasta que internados por calles solitarias, y debilitada la luz del día por la total ausencia del sol, pudo alcanzarla y dirigirle la palabra sin que fuese notado.

Cuanto por ambas partes se dijeron fué con poca variacion lo que se habian dicho la tarde antes, acabando la entrevista por parte de ella, con la vehemente y angustiosa prohibicion de que la siguiese, y la promesa de volver á la tarde siguiente. Cada tarde volvía Pedro más empeñado, más interesado y más seducido por aquella hermosa jóven, que era á un tiempo tan delicada y tan inculta, tan sentida y tan áspera, tan franca y tan misteriosa; llegando esta última peculiaridad al extremo de no poder averiguar Pedro lo más mínimo sobre su persona, su familia y su condicion.

Por más que la reciente confianza que se establece entre dos personas que sienten ambas, como por mitad, un mismo sentimiento autorizase á Pedro á ser exigente en sus preguntas, y obligase á ella á ser franca en sus respuestas, nada supo Pedro; porque la tierna y feliz jóven que sonreía con dulzura, se tornaba al oír sus preguntas en taciturna y áspera; y si él persistía, ella le amenazaba con alejarse para siempre de su lado. Sobre lo que más insistía Pedro, que era en saber su domicilio, no pudo arrancarle otra respuesta que la singular y afirmativa repeticion de que vivía entre ruinas, sirviéndole esta declaracion á un tiempo de respuesta á las indagaciones de su amante, y de pretexto para no introducirle en su casa. Así era que Pedro, á falta de otro nombre, le habia puesto el de FLOR DE LAS RUINAS; pues mientras existan el amor y la

poesía, siempre será la flor el emblema de una hermosa, ó de una querida joven.

El amor y la poética mente de Pedro, unas veces le llevaban á pensar que fuese la que amaba alguna huérfana encerrada desde niña en algun convento ó instituto de enseñanza, que hallaba medio de disfrazarse y escapar por algunas horas de su encierro. Otras conjeturaba que podría ser un miembro de alguna familia arruinada, que vivía aislada y oscuramente en algun ángulo de su derruida casa solariega. Otras, en fin, se estremecía con la idea de que pudiese ser alguna mal casada, que huyese sigilosamente del techo conyugal. Sobre esto le tranquilizaba la seguridad que le había dado ella de que no era casada; pero al mismo tiempo le había dado otra, y era que no se casaría nunca. ¿Ligábala quizás algun voto? Si había vivido reclusa, ¿cómo era tan atrevida y tan llena de decision? Si había vivido en el mundo ¿cómo era tan completamente ignorante de sus usos, de sus miramientos, y casi de su lenguaje? Pedro se perdía en sus conjeturas, se desesperaba en medio del caos de confusiones en que vivía, gracias al capricho de una niña, que le dominaba y seducía, á pesar de su temprana razon y de la severa delicadeza de su sentir.

(Se continuará.)

FLORESCENCIA.

Iba con ella al trasponer el día.
¡Cuán dulces son del campo los effluvios!
El tiempo burlador aún no teñía
Con negras tintas mis cabellos rubios.

De los membrillos las torcidas ramas
Rosas vestían de nevado armiño;
Se preguntaban los jilgueros: «¿me amas?»
Era ella muy hermosa y yo muy niño.

Su júbilo brotaba en frescas risas;
La alondra remedábala insolente;
Y acariciaban á la par las brisas
Su frente pura y mi nublada frente.

Ella buscaba en los cerezos nidos
Alzando el brazo de marfil desnudo;
Volaban los gorriones escondidos,
Y yo la contemplaba triste y mudo.

Y sin voz caminaba y sin sosiego,
El pensamiento en turbio desvarío,
Bullir sintiendo en las pupilas fuego
Y en el medroso pecho interno frío.

Y la luz aspirando del ocaso,
De la selva aspirando el rumor bronco,
Sentir creía lo que siente-acaso
La nueva sávia al absorber el tronco.

Y la florida rama de un manzano
Ella arrancando del bruñido leño,
Así me dijo, asiéndome la mano,
Con voz que dulce escucho cuando sueño:

—«¿Los pétalos no ves blancos y rojos
De esas corolas frágiles y esbeltas?»
Y en el suelo clavaba yo los ojos
Al azar fijos en las piedras sueltas.

—«Rama negra y sin vida, helada y seca,
Era esta ayer, juguete del invierno;
Y hoy el áspero tallo un soplo trueca
De flores mil en ramillete tierno.»

Dijo, y como los pájaros del cielo,
Comenzó su canción, indiferente,
Venturosa y tranquila. ¡Yo del suelo
Alcé los ojos á admirar su frente!

El sol se hundía en el remoto ocaso;
Y yo, naciendo á vuestra luz, ¡oh amores!
Sentí dichoso lo que siente acaso
La seca rama al desplegarse en flores.

TEODORO LLORENTE.

MODAS.

Correo de señoritas.

El otoño ostenta su cielo azul, sus agradables días y sus graciosas flores. Las frescas tardes convidan á nuestras elegantes á mostrarse á la clara luz, cuyo placer no había sido

posible disfrutar durante la estación tropical que acabamos de atravesar. Para formar dicho contraste con un tiempo que infunde naturalmente la dulce melancolía del sentimiento, viene la moda decretando el escocés, esta vez algo melancólico, pero siempre recreando la vista con la brillantez de su colorido. Apoderándose de la situación no sufre la más pequeña contradicción. Impone sus preceptos tanto en la ciudad, donde las modistas ejecutan trajes en tafetán escocés, como en el campo donde se presenta aunque en tejidos más sólidos siempre con la misma armonía en sus tintas.

Las confecciones de media estación se ejecutan en camails y paletots cortos de paño ligero adornados sencillamente. Los tejidos escoceses reemplazan á los modelos de estío en disposiciones á grandes cuadros violeta y blanco, blanco y negro, azul y blanco, y encarnado y blanco, realzados con franjas de felpilla fabricadas espesamente para estos tejidos.

Los trajes se llevarán con cuerpo alto y mangas estrechas generalmente de codo. También se harán con cuerpos bajos completándolos con una pelerina cuadrada.

Las disposiciones variarán entre la pasamanería, los bieses y las cintas rizadas, colocando muchas de ellas remontando sobre cada costura, ya enteramente rectas, ó anchas de de abajo y puntiagudas por arriba.

La crin y las pajas se llevarán este año hasta muy tarde; en cuanto al tul y al crespon siempre estarán en boga para sombreros aún en medio del frío.

Desde que son de moda las medias de color, se ponen varias docenas de pares de seda en los trousseaus elegantes. Siempre se deben poner en armonía con el traje á fin de conservar el sello distinguido en todo su rigor.

Las enaguas para los vestidos de interior abiertos por delante, son blancas y muy adornadas con bullones encajonados, ó divididos por entredoses bordados. Los peinadores á la orden del día son con gran pelerina y enriquecidos con valencienness.

En breve daré á mis lectoras reseñas sobre los tejidos de invierno.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

PRIMER LADO.—BORDADOS.

Números 1 y 2. Cuello y puños, aplicación de nansouk sobre tul de Bruselas.

Núm. 3. Mitad de un cuello marinero en tela doble, bordado á punto ruso con algodón negro.

Núm. 4. Puño para formar juego con el anterior.

Núm. 5. Camiseta de niña, en muselina bordada á feston.

Núm. 6. Mitad de la espalda de la camiseta anterior.

Núm. 7. Esquina de pañuelo en batista, bordado á plumetis y feston, puede también ponerse una puntilla de Valenciennes al borde.

Núm. 8. Dibujo de una guarnición que puede aplicarse para varios usos, en aplicación de batista sobre tul de Bruselas.

Núm. 9. Dibujo de trencillas para confecciones diversas.

Núms. 10 y 11. Gorra de niño bordada sobre batista á plumetis y feston.

Núm. 12. Entredos para ropa blanca.

Núm. 13. Dibujo á la inglesa y feston para confecciones diversas.

Núm. 14. Dibujo de trencillas para traje de niño.

Núms. 15, 16 y 17. Dibujo y festones para ropa blanca.

Núm. 18. (Baptista) escudo y nombre para pañuelo.

Núm. 19. S. N., letras para pañuelo de caballero.

Núm. 20. S. D., letras ricas á plumetis y feston.

Núm. 21. Escudo á feston.

Núms. 22 al 31. Escudos, nombres y cifras.

SEGUNDO LADO.—PATRONES.

Representa un cuerpo de vestido para señora, tiene puntas delante figurando chaleco y aldeta postillon detrás.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.